

# Rafael Alberti:

El poema compartido

CONSEJERÍA DE CULTURA

Centro Andaluz de las Letras

## EXPOSICIÓN

### **Organiza**

JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

### **Comisario**

Luis García Montero

### **Proyecto**

Centro Andaluz de las Letras

### **Diseño**

Juan Vida

### **Producción**

Christian M. Walter, Granada

### **Impresión digital**

Ediciones EDILUX, S. L. Granada

## CATÁLOGO

### **Edita**

JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

### **Editor**

Luis García Montero

### **Coordinador**

José Martín de Vayas

### **Diseño**

Juan Vida

© de la edición: Junta de Andalucía Consejería de Cultura

© de los artículos: Luis García Montero, Ricardo Senabre, C. Brian Morris, Andrés Soria Olmedo, Manuel A. Vázquez Medel

© de la fotografía: los autores

I.S.B.N.: 84-8266-356-9

Depósito Legal: Gr. 689/2003

Imprime: La Gráfica, S. C. And., Granada (España)

305  
Caja de libros

# Rafael Alberti:

## El poema compartido

Luis García Montero (Ed.)

F 8 / 28307

UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
Fac. Filología - Biblioteca

CONSEJERÍA DE CULTURA

Centro Andaluz de las Letras

010066846

## RAFAEL ALBERTI Y ANDALUCÍA

### MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ MEDEL

Universidad de Sevilla, España.

**R**AFAEL ALBERTI nació en El Puerto de Santa María (Cádiz, Andalucía) el 16 de septiembre de 1902. Para pocos escritores el ámbito natal –habitualmente tan importante en la peripecia biográfica de los grandes creadores– ha sido tan determinante como para nuestro poeta: “La atmósfera infantil de la bahía gaditana –afirma Luis García Montero– ha nutrido temáticamente buena parte de sus poemas y de las páginas de *La arboleda perdida* (1942). La niñez libre, el mar, las huidas clandestinas del colegio y el temblor fértil de los primeros sentimientos forman un hilo mitológico que se impone con mucha frecuencia en la literatura albertiana. Es un mundo importante, primer condensador de algunos de los aspectos centrales de su estética”<sup>1</sup>. Esa estética, en constante despliegue y transformación, llevará siempre la impronta del Sur: sus luces (pero también sus sombras), su paleta cromática, su imaginería sensual y conceptual, su potencia metafórica, su sentido de la existencia, transido de mitos y ritos, serán profundamente andaluces. Cerrando el círculo de su azarosa existencia, tras largos años de exilio y dos décadas de reencuentro con su tierra, falleció nuestro poeta en su ciudad el año 1999, poco antes del centenario de su nacimiento, que celebramos ahora. Andalucía es el alfa y la omega de la vida y de la obra de Alberti.

Como en círculos concéntricos, El Puerto, Cádiz, Andalucía, España, Europa, la entera Humanidad, han sido referencias constantes –y fundamentales– en la vida y en la obra de Alberti. Sin embargo, por muy especiales razones de época, ideológicas, culturales, de afinidad personal, etc., Andalucía constituye el marco más radical de pertenencia del poeta, desde el cual se contemplan horizontes territoriales mayores, y al cual se remite para fijar las coordenadas más

<sup>1</sup> Luis García Montero, “La poesía de Rafael Alberti”, Prólogo a Rafael Alberti, *Obras Completas. Tomo I. Poesía (1920-1938)*, Ed., intr. y notas de Luis García Montero, Aguilar, Madrid, 1988, pág. XXXVI.

locales de su espacio infantil y juvenil. Pero se trata de una vivencia y una conciencia de identidad impregnadas de la universalidad y de la apertura, de la solidaridad radical con lo humano que caracteriza lo andaluz más auténtico<sup>2</sup>. Basta observar la inmediata referencia a Andalucía en el párrafo inicial de *La arboleda perdida*, biografía cuyo título viene, como es bien sabido, del melancólico lugar de retamas blancas y amarillas, situado a la derecha del camino que va desde El Puerto al mar:

“1902. Año de gran agitación en las masas campesinas de toda Andalucía, año preparatorio de posteriores levantamientos revolucionarios. 16 de diciembre: fecha de mi nacimiento, una inesperada noche de tormenta, según alguna vez oí a mi madre, y en uno de esos puertos que se asoman a la perfecta bahía gaditana: El Puerto de Santa María –antiguamente Puerto de Menesteos-, a la desembocadura del Guadalete o río del olvido”<sup>3</sup>.

Es difícil encontrar tantas claves del universo albertiano juntas y en tan breve espacio: su sentido de lo histórico, del fluir temporal que nos constituye, y en cuyo crisol nos fundimos; su sensibilidad social y política; el acento de lo personal, de lo singular, que no se diluye en ninguna forma artificial de colectivismo, pero que está abierto a la fraternidad y a la alteridad; la atención “al mapa y al calendario” (por decirlo con expresión machadiana), al trazar su justo emplazamiento en el inicio de la vida. Finalmente, la profundidad de una mirada capaz de trascender lo inmediato y la anécdota, para descubrir el espesor de lo simbólico tras la magia de los nombres. Y ahí, en el centro mismo de esta dinámica discursiva, construida con la belleza que fue siempre –junto al compromiso con la vida– el horizonte de su creación, Andalucía... y el mar. Así aparecen en los primeros y conocidos versos del “Prólogo” a *Marinero en tierra*, “Sueño del marinero”:

Yo, marinero en la ribera mía,  
posado sobre un cano y dulce río  
que da su brazo a un mar de Andalucía

<sup>2</sup> Cf. Manuel Ángel Vázquez Medel, *La construcción cultural de Andalucía*, Sevilla, Alfar, 1994.

<sup>3</sup> Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Primera Parte, Barcelona, Círculo de Lectores, 1975, pág. 9. La primera edición apareció en México, Séneca, 1942.

sueño en ser almirante de navío,  
para partir el lomo de los mares  
al sol ardiente y a la luna fría<sup>4</sup>.

García Montero, a propósito del funcionamiento de uno de los más importantes símbolos albertianos, el mar, afirma: “Esta obsesión constante del poeta surge desde el principio relacionada con la imaginaria andaluza, con la evocación de un lugar privilegiado en el Sur capaz de soportar el mapa de los paraísos perdidos”<sup>5</sup>. En efecto, el sentimiento de la pérdida y la nostalgia por su separación del ámbito que se considera más propio aparecerá muy tempranamente, con ocasión del traslado de la familia a Madrid en 1917 (el año de la Revolución de Octubre), y su expresión más conocida es el poema primero de la tercera parte de *Marinero en tierra*:

El mar. La mar.  
El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,  
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste  
del mar?

En sueños, la marejada  
me tira del corazón.  
Se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste  
acá?<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Rafael Alberti, *Obras Completas. Tomo I. Poesía (1920-1938)*, cit., pág. 79.

<sup>5</sup> Luis García Montero, “Aparición de Rafael Alberti”, en Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Segunda Parte, Barcelona, Círculo de Lectores, 1988, pág. 349.

<sup>6</sup> Rafael Alberti, *Obras Completas. Tomo I. Poesía (1920-1938)*, cit., pág. 123.

Al frente de esta parte final de *Marinero en tierra* aparece la carta que le dirigió Juan Ramón Jiménez, fechada el 31 de mayo de 1925, en la que —entre otras cosas— le decía: “cuando José M<sup>a</sup> Hinojosa, el vívido, gráfico poeta agreste, y usted se fueron, ayer tarde —después del precioso rato que pasamos en la azotea hablando de Andalucía y de poesía—, me quedé leyendo —entre las madre-selvas en tierna flor blanca y a la bellísima luz caída que ya ustedes dejaron hirviendo en oro en el rincón de yedra; trocadas las lisas nubes, con la hora tardía en carmines marrones y verdes— su *Marinero en tierra*”. La inmejorable opinión que mereció al mogueño la poesía de Alberti se encierra en estas palabras en las que queda fuera de toda duda el reconocimiento de su entronque con la tradición poética de Andalucía: “Poesía ‘popular’, pero sin acarreo fácil: personalísima; de tradición española, pero sin retorno innecesario; nueva, fresca y acabada a la vez; rendida, ágil, graciosa, parpadeando: andalucísima”. Se despedía, finalmente, invocando de nuevo el común paisanaje: “Enhorabuena y gracias de su amigo y triple paisano: por tierra, mar y cielo del oeste andaluz”<sup>7</sup>. Por curiosos cruces del destino, además de compartir el Colegio San Luis Gonzaga de los jesuitas de El Puerto de Santa María, Alberti ha recordado en sus memorias que una de sus abuelas era de Huelva, mientras Juan Ramón intentaba conectar con los juveniles años gaditanos de su madre en “Trascádiz”, el arranque de ese libro fabuloso, verdadero viaje iniciático hacia el origen, que es *Olvidos de Granada*<sup>8</sup>.

Podemos aproximarnos a las ricas y complejas relaciones de Alberti con Andalucía desde muchas perspectivas: en primer lugar, a partir de su realidad biográfica, inventariando los diversos momentos de la relación del poeta con su tierra. Sin embargo, tratándose de un creador, lo que realmente nos interesa es el trasunto y la huella que esta relación ha podido dejar en su obra (en la expresión y en el contenido, en la sensibilidad y en la cosmovisión, en la integración en una tradición poética andaluza que se renueva y amplía constantemente). Las experiencias externas se transforman en Alberti en vivencias interiorizadas, y reciben en su palabra (o en su pincel) un tratamiento peculiar, si bien el poeta insiste en que él no ha idealizado ni su vida ni su entorno, y que si de algún modo ha sido así, se trata de algo inconsciente. Es, en todo caso, su mirada la que

<sup>7</sup> “Carta de Juan Ramón Jiménez”, en Rafael Alberti, *Obras Completas. Tomo I. Poesía (1920-1938)*, cit., págs. 117-119.

<sup>8</sup> Juan Ramón Jiménez, *Olvidos de Granada*, Ed., intr. y notas de M. A. Vázquez Medel, Granada, Diputación Provincial de Granada, 2002. cf. págs. 18 y 51-52.

sorprende la belleza allí donde se encuentra, donde otros no la saben ver, y nos la entrega hecha verbo para que participemos de su vibración y de su emanación.

Finalmente —dedicaremos una breve referencia a ello—, el compromiso de Alberti con Andalucía, sobre todo a partir de 1977, ha sido explícitamente político, a través de su militancia en el Partido Comunista. Y desde dicha perspectiva ha sido capaz de reflexionar para contribuir a la gestación de *Otra Andalucía*<sup>9</sup>. Se trata de un aspecto esencial de la vida y la obra de Alberti que, frente al ideologizado y falso purismo de algunos, hemos procurado defender desde hace tiempo<sup>10</sup>.

Si a alguien puede quedar alguna duda de la conciencia específica que Alberti tiene de su ser andaluz, bastarían para confirmarla estas palabras en las que también reivindica el carácter andaluz de Picasso (más adelante insistirá en ello, frente al intento de algunos de relacionarlo especialmente con Cataluña), recogidas en *Canciones del alto Valle del Aniene*:

“Picasso mamó de Andalucía hasta casi los diez años. Yo, hasta poco más de los catorce. Él no volvió más. Yo, poquísimas veces, y en viajes cortísimos. Toda esa claridad, locura, gracia, pasión, arrebató, arbitrariedad, esa chufra y burla violenta se las debe Picasso sin duda —y esto ya se ha dicho— a su infancia malagueña. Como yo —y perdón por este paralelo que establezco con él— le debo al mar de Cádiz toda la sustancia de mi poesía”<sup>11</sup>.

### Ideal andaluz y cultura andaluza en el primer tercio del siglo XX.

El primer tercio del siglo XX fue especialmente importante en el avance del *ideal andaluz*: una toma de conciencia histórica, política y, especialmente, cultural sobre la realidad de un territorio y un pueblo que se encontraban en un estado de postergación, a pesar de contar con

<sup>9</sup> Tal es el título de un pequeño librito publicado con ocasión de la creación de “Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía” y de la candidatura de Anguita a la Presidencia de la Junta de Andalucía, Julio Anguita y Rafael Alberti, *Otra Andalucía*, Pról. y notas de M. Vázquez Montalbán, Madrid, Ayuso, 1986.

<sup>10</sup> Manuel Ángel Vázquez Medel, “Rafael Alberti, un poeta necesario”, en *Tierras del Sur*, núm. 93 (29-III-1978), págs. 40-41.

<sup>11</sup> Rafael Alberti, *Obras Completas. Tomo III. Poesía (1964-1988)*, Ed., intr. y notas de Luis García Montero, Aguilar, Madrid, 1988, pág. 220.



tan importantes recursos y un pasado tan esplendoroso. Muchos fueron los hitos de este proceso: El Congreso Fisiócrata y la Asamblea de Ronda, el Manifiesto Autonomista de 1919, la Asamblea Regionalista de Córdoba, etc<sup>12</sup>. Es conveniente recordar –ahora que se reabre el debate estéril de las llamadas “nacionalidades históricas”– que, de no haberse producido la Guerra Civil, Andalucía hubiera contado con su propio Estatuto, al igual que el País Vasco, Cataluña o Galicia.

El mundo de la cultura no fue, en absoluto ajeno a esta toma de conciencia y positiva valoración del acervo cultural de Andalucía. Un papel muy especial correspondió a Juan Ramón Jiménez, quien lideró un modo de entender la poesía con raíces profundamente andaluzas<sup>13</sup>. García Montero lo ha señalado en sus justos términos: “Frente al prestigio literario de Castilla, Juan Ramón Jiménez, y más tarde, los poetas andaluces de la generación del 27 sintieron la necesidad de reivindicar la geografía andaluza como ámbito de tradiciones y de energías líricas. Para comprender el sentido de esta reivindicación debemos tener en cuenta no sólo las situaciones literarias y personales del momento, sino también sus cruces con el debate abierto sobre el problema de España, acentuado a finales del siglo XIX”<sup>14</sup>.

La relación de Juan Ramón con Andalucía fue siempre muy intensa. En sus últimos años de vida, cuando apenas le queda impulso para corregir su obra y para esbozar algunos interesantísimos aforismos escribe: “Yo tengo setenta y dos años, soy español de Andalucía y pasé mi primera juventud en Sevilla y Cádiz. Ni una sola noche mientras estaba en Sevilla dejé de ver bailar ni oír cantar o tocar lo andaluz”<sup>15</sup>. Juan Ramón es el primero en adoptar, aplicado a sí mismo, el apelativo de “Andaluz Universal”, por razones que deja claras en este texto, publicado en *Clavileño* en 1953:

“Yo tenía conciencia de que era andaluz, no castellano, y ya consideraba un diletantismo inconcebible la exaltación de Castilla (...) Mi idea instintiva de entonces y consiguiente de luego, era la exaltación de Andalucía a lo universal, en prosa, y en verso, a lo

<sup>12</sup> Cf. Manuel Ruiz Lagos, *El andalucismo militante*, Jerez de la Frontera, Centro de Estudios Históricos Jerezanos-CSIC, 1979.

<sup>13</sup> Manuel Ángel Vázquez Medel, “Andalucía y los andalucismos en Juan Ramón Jiménez”, en *Actas del IX Congreso sobre la enseñanza de la Lengua y la Literatura en Andalucía* (en prensa).

<sup>14</sup> Luis García Montero, “Luis Cernuda y Andalucía”, en James Valender (ed.), *Luis Cernuda (1902-1963)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Madrid, 2002, pág.90.

<sup>15</sup> Juan Ramón Jiménez, *Ideología (1897-1957)*. *Metamorfosis, IV*. Ed. de A. Sánchez Romeralo, Barcelona, Anthropos, 1990. Aforismo.

universal abstracto; y como creo que es verdad que el hábito hace al monje, yo me puse por nombre 'el andaluz universal' a ver si podía llenar de contenido mi continente"<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Juan Ramón Jiménez,  
*Por el cristal amarillo*.  
Sel., orden. y pról.  
F. Garfias, Madrid,  
Aguilar, 1961,  
págs. 156-157.

El rechazo de Juan Ramón hacia el centralismo españolista de Madrid no admite duda alguna, y no sólo tiene raíces políticas, sino que se encuentra en la raíz misma de su reivindicación de la universalidad, la sensualidad y la belleza de lo andaluz, frente a la austeridad e incluso la tristeza del tópico de lo castellano:

“España, no más Madrid (...) ¡España, Francia, países de absurdo centralismo intelectual y triste!

Obligado desertor de Andalucía, por eso, y nostálgico habitante simultáneo de toda mi grande, hermosa, eterna España, detesto cada día nuestra ridícula necesidad madrileña. En mi movimiento interno, toda idea de capitalidad la relaciono siempre con una Sevilla posible o con una imposible jeneralidad”<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Juan Ramón Jiménez,  
*Estética y Ética estética*.  
Sel., ord. y pról. de  
Francisco Garfias,  
Madrid, Aguilar, 1967,  
pág. 53.

García Montero ha afirmado muy acertadamente: “El andalucismo universal cantado por Juan Ramón Jiménez, en nada costumbrista y adormecedor, tiene una de sus mejores moradas en esta metáfora albertiana del Sur como patrimonio de la plenitud perdida de todos los hombres. El primer estilo neopopulista de *La amante* y *El alba del alhelí* conecta con la vuelta de todas las vanguardias pictóricas y literarias al paisaje primitivo y a la sabiduría salvaje. La tradición popular era un arma cargada de vanguardia”<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> Luis García Montero,  
“Aparición...”,  
cit., pág. 350.

<sup>19</sup> Luis García Montero,  
“Luis Cernuda y Andalucía”,  
cit., pág. 93.

No era sólo Alberti quien secundaba este “idealismo andaluz” (tal era el título que dio Bergamín a su reseña de *Perfil del aire* (1927) de Cernuda): “Salinas, Guillén, García Lorca, Alberti, Cernuda y Altolaguirre confluyen en este nuevo idealismo andaluz, donde más que las modernidades exteriores adquiere protagonismo la novedad genuina de la lírica eterna”<sup>19</sup>. Como

indica Juan Collantes de Terán en el prólogo a *Andalucía y la generación del 27*, todos los escritores que viajan a Sevilla en diciembre de 1927 “se inscriben en un eje de coordenadas cuyos nombres son eminentemente andaluces: Luis de Góngora y Juan Ramón Jiménez”<sup>20</sup>, que representan respectivamente el rigor del esteticismo barroco y la impronta de lo popular y a la vez de depuración intelectualista (especialmente a partir de *Sonetos espirituales*). Esteticismo, libertad expresiva e intelectualismo son tres impulsos de raíces andaluzas de los que participaron los mejores poetas del momento, en el espíritu de las vanguardias. Pero no cabe duda de que fueron Lorca y Alberti quienes con más fuerza hicieron sentir la presencia de Andalucía en sus versos: “Llevados por esa ideología de la verdad natural, casi todos los críticos que se detuvieron en la poesía inicial de García Lorca y Alberti enfocaron sus reseñas a partir del andalucismo”<sup>21</sup>.

La imagen de Alberti aparece siempre, en efecto, profundamente vinculada con Andalucía: “La gran Andalucía de belleza madre viene en su auxilio con olas de todos colores y olores, arrastradoras de mezcladas vidas de los tres reinos”<sup>22</sup>, dirá Juan Ramón en la caricatura lírica que le dedica en 1929. A Dámaso Alonso no se le escapa que “los tres focos de irradiante alegría de aquella generación, Rafael, Federico y Manolito Altolaguirre”, eran andaluces: “Federico y Rafael eran cosa distinta de todos los demás: una fertilidad manante de gracias, una novedad en inventarlas, variarlas sin fin; una simpatía creativa, imaginación, creación poética en el trato diario”<sup>23</sup>. Vicente Aleixandre recuerda su primer encuentro con Alberti en la Sierra de Guadarrama, cuando Rafael ya había publicado *Marinero en tierra* y le traía versos de *La amante*: “El gaditano reconocía a esta Castilla donde tantos andaluces vienen y desembocan, sin desnaturalizarse (...) El seseo de Cádiz sonaba bien en esta orilla enjuta. Pero no era Andalucía la Baja, aunque lo fuese en aquel perfil casi romano, casi tarteso. El ritmo era también de allí abajo. Mas en las canciones, los nombres... Lerma, Burgos, Quintanar, Salas de los Infantes... Los nombres andariegos, pisados por el poeta en los caminos castellanos, sonaban bien en la boca del Sur, integrados en el habla del juglar ribereño y mejidos con su verso quebrado con la gracia del revelado

<sup>20</sup> Juan Collantes de Terán (ed.), *Andalucía en la generación del 27*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1978, pág. IX. En este volumen Pablo del Barco ofrece el interesante artículo “Ángel Andaluz en Castilla (Sobre *La amante*, de Rafael Alberti)” en el que afirma: “Alberti contempla la luz perdida; es nostalgia y es desesperación. No hay mares del sur, se ha perdido para siempre la arboleda perdida” (pág. 4).

<sup>21</sup> Luis García Montero, “Poeta y amigo, un caso extraño”, prólogo a Rafael Alberti, *Federico García Lorca, poeta y amigo*, Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas, 1984, pág. 32. Cita las reseñas de J. Mora Guarnido, “Dos poetas andaluces, Federico García Lorca y Rafael Alberti”, en *La Pluma*, IV, Montevideo, 1926; Enrique Díez-Canedo, *Marinero en tierra*, de Rafael Alberti”, en *El Sol*, 20 de febrero de 1926; A. Serrano Plaja, “Dos poetas, el andaluz y el gitano (Alberti y Lorca)”, en *El Sol*, 15 de mayo de 1932.

<sup>22</sup> Juan Ramón Jiménez, "Rafael Alberti (1929)", en Rafael Alberti, *Obras Completas*, T. II. *Poesía (1939-1963)*. Ed., introd., bibliogr. y notas de Luis García Montero. Madrid, Aguilar, 1988, pág. 1.

<sup>23</sup> Dámaso Alonso, "Rafael entre su arboleda", en Rafael Alberti, *Obras Completas*, T. II. *cit.*, pág. 10.

<sup>24</sup> Vicente Alcixandre, "Dos lecturas de Rafael Alberti (1963)", en Rafael Alberti, *Obras Completas*, T. II. *cit.*, págs. 14-15.

<sup>25</sup> Pablo Neruda, "Rafael Alberti", en Rafael Alberti, *Obras Completas*, T. II. *cit.*, pág. 26.

<sup>26</sup> Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Primera Parte, *cit.*, pág. 154.

<sup>27</sup> Hay valiosos datos sobre este período en Agustín Castro Merello, *Alberti, colegial y marinero (Historia y Poesía)*, Las Palmas de Gran Canaria, Unelco, 1994.

<sup>28</sup> Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Segunda Parte, *cit.*, pág. 344.

conocimiento"<sup>24</sup>. "Él es un hombre del sur –diría Neruda–, nació junto al mar sonoro y a las bodegas de vino amarillo como topacio. Así se hizo su corazón con el fuego de las uvas y el rumor de la ola"<sup>25</sup>. Los ejemplos podrían multiplicarse. Pero lo más interesante es la fuerza de la autoconciencia de Alberti y su intencional filiación en una tradición y en una actualidad poéticas: "Yo, como Juan Ramón y García Lorca, era también andaluz. Y esto se me notaba, dándole acento definido a mi naciente poesía"<sup>26</sup>.

### Andalucía en la trayectoria poética de Rafael Alberti.

No es necesario insistir en la importancia que tienen los casi quince primeros años de la vida de Alberti para su formación estética y vital. Especialmente, su período de formación en el Colegio de San Luis Gonzaga<sup>27</sup>, donde estudió hasta el curso cuarto del bachillerato, este último interrumpido en mayo de 1917 por el traslado de su familia a Madrid. Pasados los años, el poeta cerrará con estas palabras la Segunda Parte de *La Arboleda perdida*:

"Las primeras páginas de mi primer libro de mi *Arboleda* aparecen llenas de niños que juegan, entrando y saliendo conmigo de los colegios. Ahora, a mis ochenta y cinco años, me veo, como saliendo de mi casa de la calle Santo Domingo, yo solo, camino de aquel colegio de San Luis Gonzaga, en El Puerto de Santa María, frente a la bahía gaditana"<sup>28</sup>.

Son los años –nos dirá el poeta– en que comienza a pintar "barcos, playas, olas, salinas, árboles y castillos de la bahía de Cádiz". Los recuerdos infantiles permanecerán, indelebles en su memoria y serán fuente de muchos de sus mejores poemas.

La vocación literaria de Alberti, según él mismo ha testimoniado, comienza en 1921, tras su primera inclinación a la pintura, de la que se despidió con una exposición en el Ateneo

madrileño: “Mi primera vocación poética casi empieza de pronto, pero no sin sostener una angustiosa lucha con mi primera vocación: la pintura. Antes de *Marinero en tierra*, escribí algunos poemas, no muchos, de los que solo he logrado encontrar estos que aparecieron (1922) en *Horizonte* y en *Alfar*, dos revistas juveniles de entonces”, afirma en la presentación a los “Primeros Poemas”<sup>29</sup> en la edición de Aguilar del 77. En ellos –que, por cierto comienzan con “Descalzo de las cosas, / ¡qué polo sur el del alma!”– el joven de apenas diecinueve años ofrece en embrión muestras de lo que será su poesía desde *Marinero en tierra* hasta *Sobre los ángeles*: una gran versatilidad y dominio de los resortes rítmicos y métricos, conocimiento de lo mejor de la tradición popular (especialmente la andaluza) y un impulso que conectará con las sensibilidades de las vanguardias. Estos “Poemas anteriores a *Marinero en tierra*” se ofrecen incrementados en la edición preparada por García Montero, y el propio Alberti nos recuerda otras interesantes circunstancias: “mi primer poema lo escribí la misma noche en que murió mi padre, mientras en las calles madrileñas se voceaba la revista *Ultra*, verdadero ariete de la vanguardia literaria española”. Sobre todo, marcan esos primeros poemas ese machadiano cantar lo que se pierde: “éste es el comienzo de mi voz, el registro de mis primeros pasos en la ciudad que desde mi llegada temí siempre borrarse los límpidos azules de mi infancia de vientos y salinas”<sup>30</sup>. Pero no se borrarán, y desde los también límpidos aires de la Sierra de Guadarrama el poeta comenzará a gestar, en 1923 y 1924, *Marinero en tierra*, “con la nostalgia del mar”.

*Marinero en tierra*, como vimos, será recibido desde la expectativa creada ante un despliegue inusitado de lírica proveniente del Sur. *La amante* ratifica el hecho diferencial andaluz desde el contraste con Castilla, y *El alba del albelí* confirmará –ya en proceso de despedida de los aires de copla y canción– su captación de una única y a la vez plural Andalucía, desde sus experiencias en la Sierra de Rute y en las costas de Almería<sup>31</sup>. Alberti marcha en 1924 a Rute, a pasar unos meses en casa de su hermana María, que residía en este “poblachón escondido en la sierra de Córdoba” desde que se casara con el notario Ignacio Docavo. En este peculiar enclave de la Alta

<sup>29</sup> Rafael Alberti, *Poesía (1920-1938)*, Madrid, Aguilar, 1977, pág. 79.

<sup>30</sup> Rafael Alberti, *Obras Completas*, T. II. *cit.*, pág. 8.

<sup>31</sup> Manuel Ángel Vázquez Medel, “Estudio de la obra *El alba del albelí* de Rafael Alberti” en M. Ramos – J. Jurado (eds.), *Alberti libro a libro*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003, págs. 51-69.

Andalucía, una Andalucía interior bien distinta a las luminosas tierras marítimas de las costas de Cádiz, encuentra Alberti claves, argumentos y motivos que van a ensanchar temática y estilísticamente su universo poético y la visión de su tierra. De su primera visión de Rute nos dejará una hermosa estampa en *La arboleda perdida*:

“Casi de noche llegué a Rute, cargada el alma de olivares, sorprendido de la extraña visión de Lucena, una vieja ciudad amurallada por anchos tinajones de aceite; de Martos, con su peña tajante; del hiriente blancor de la cal derramada sobre pueblos urgidos como golpes de tiza contra las llanas tierras rojas o en las escarpaduras de los montes plomizos. ¡Triste y dramático viaje hasta la súbita aparición de Rute, levantado al fin ante mis ojos bajo la sangre oscura de un poniente ya muerto! (...) Algo duro, casi siniestro respiraba todo el aire de Rute”<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> Rafael Alberti,  
*La arboleda perdida*,  
Primera Parte,  
cit., pág. 162.

Alberti ha explorado las vías principales que se ofrecían en los años veinte a un poeta de Andalucía: “Las relaciones poéticas con el Sur –afirma García Montero–, de fulgurante actualidad en aquellos años, propiciaban fundamentalmente dos posibilidades: fijar en él la nostalgia del paraíso perdido o convertir al poeta en un portavoz de la oscura verdad natural, silenciada en otros lugares más desolados por la civilización”<sup>33</sup>. Si *Marinero en tierra* era expresión de la nostalgia, en *El alba del alhelí* encontramos la expresión dramática de la denuncia. Estas serán, a partir de ahora las dos coordenadas mayores de la relación poética de Alberti con Andalucía: la evocación elegíaca (pero no por ello menos revolucionaria) y el compromiso con su transformación. No será preciso anotar a cada paso que una buena parte del simbolismo y de la imaginería poética albertianas tienen –se apliquen al tema que se apliquen– una clara filiación andaluza.

<sup>33</sup> Luis García  
Montero, “La poesía  
de Rafael Alberti”,  
cit., pág. LV.

Como sabemos, *Cal y canto* (1926-1927) introducirá un punto de inflexión en la poesía de Alberti, cuyo hilo conductor interno va mucho más allá de la topificada visión crítica que

establece la progresión “neopopularismo, gongorismo, surrealismo y poesía civil”. Lo cierto es que se abandonaban ciertos peligrosos caminos que, según algunos, de no producirse el giro, le hubieran conducido a una poesía local y regionalista (tan denostada, por cierto, por el andalucismo universalista de Juan Ramón).

Gerardo Diego, con ocasión de un viaje a Argentina en 1928, afirma: “Alberti se ha dado cuenta a tiempo del peligro que encerraba la limitación de una poesía exclusivamente andaluza, y mientras él –y Lorca por otros caminos– halla un nuevo rumbo para sus dotes poéticas, la poesía española se puebla de una plaga de cancioncillas más o menos marineras o andaluzas, y de romances seudogitanos, como hace pocos años de poemas maquinísticos y helicoidales”<sup>34</sup>. Y José Bergamín, tras elogiar sus tres primeros libros, se pregunta si Alberti no acabaría encerrándose en el círculo de una perfección retórica o abandonándose a su natural facilidad. A la vista de su nueva obra contesta: “sorteó, ágil, el peligro, los dos peligros: el de su facilidad y el de su maestría. En el libro siguiente, *Cal y canto*, da el resultado exacto (espontáneo y perfecto) de su poética victoria; la expresión justa de su personalidad verdadera”<sup>35</sup>.

Habría que recordar, con todo, que también ahora las raíces y el impulso de su creación literaria son genuinamente andaluces: se trata de la rica tradición que abrió el cordobés Luis de Góngora, y que había quedado truncada y casi en vía muerta, hasta su rescate por Alberti y otros compañeros de generación. Alberti es plenamente consciente de ello:

“Ya el poema breve, rítmico, de corte musical me producía cansancio. Era como un limón exprimido del todo, difícil de sacarle un jugo diferente. ¿A qué apretarlo más? ¿Acaso no había tanteado ya otras formas en mi *Marinero*? Y comencé, primeramente, a escribir tercetos aprovechando aún mis amados temas marinos, pero añadiendo otros, nuevos, que andaban golpeándome las sienes. Ya había empezado entonces nuestro entusiasmo por Góngora, acrecentado por la proximidad de su centenario”<sup>36</sup>.

<sup>34</sup> En Manuel Bayo, *Sobre Alberti*, Madrid, CVS Ediciones, 1974, pág. 135.

<sup>35</sup> *Ídem.*, pág. 125.

<sup>36</sup> Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Primera Parte, *cit.*, pág. 214.

El Sur no desaparece en *Cal y canto*. Se enriquece y se transforma. Bástenos recordar el poema “Estación del Sur”, la sección 4 “Homenaje a Don Luis de Góngora y Argote”, o apreciar la presencia de lo meridional en estos ejemplos (de entre los muchos que podríamos citar):

Contra el rumbo del mar, roja una vela,  
estandarte del sol, nuncio del día,  
tiende en el Sur celicoral su estela.

[Del poema “(Muerte)”]

\* \* \*

Sin candiles ni faroles,  
que el guantelete más férreo  
del Sur, de una dentellada  
los hizo añicos, el lienzo  
de los bandos ultramares,  
estelar, un marinero,  
los ojos aceitunés  
en sombra y vino revueltos  
busca amarrado a la cola  
nocturna y larga del viento.

[Del poema “Romance que perdió el barco”]



\* \* \*

... Hay peces que se bañan en la arena  
 y ciclistas que corren por las olas.  
 Yo pienso en mí. Colegio sobre el mar.  
 Infancia ya en balandro o bicicleta.

[Del poema “Carta abierta”]

Desde la publicación de *Cal y canto* (1929) y *Sobre los ángeles* (1929) (obra en la que, como afirmó Bowra, se aprecia el coraje de Alberti de transformar una experiencia desvitalizadora en alta poesía), hasta el final de la guerra civil se acentúa el compromiso político de Alberti. Recordemos, entre otros hitos, la escritura de *Elegía cívica* (1929), el estreno de *El hombre deshabitado* (1931), los viajes a Francia, a Alemania, a la Unión Soviética, a varios países del norte de Europa (1932), el inicio de su actividad como “poeta en la calle” y la edición de *Consignas*, primera recopilación de poemas revolucionarios (1933-1934), la fundación de la revista *Octubre* (1934), el viaje a América (Nueva York, La Habana, México) (1935), el trabajo en la Alianza de Escritores Antifascistas, desde 1936, y la activa participación en el II Congreso Internacional de Escritores de Madrid, Valencia y Barcelona...

Pero Andalucía no se encuentra olvidada ni lejos del corazón del poeta: buena parte del impulso luchador de Alberti procede de su experiencia y de su conciencia de la situación denigrante en que se encuentran los trabajadores y, muy especialmente, los campesinos andaluces (léase, por ejemplo “Al volver y empezar”, de *El poeta en la calle*, que arranca del texto “Se les prometen los campos /y al campo van a matarles”, o el poema “La lucha por la tierra”). Por otra parte, en el corazón mismo de la brutal contienda, desde París, en esas largas noches de soledad y congoja,

comienza a escribir *La arboleda perdida*, verdadera recapitulación del sentido mismo de su vida, que debe enraizarse en sus orígenes, que debe nutrirse de la savia de Andalucía. Pero no sesguemos tampoco el sentido de la poesía de Alberti, que desde su sensibilidad andaluza se abre a todos los hombres que sufren, a todos los oprimidos, sean de donde sean. E incluso, metafóricamente, más allá de lo humano, en una fraternidad con lo animal y lo vegetal, por ejemplo en el poema “El diario íntimo del burro explosivo”, de *El poeta en la calle*, en el que proclama su hermandad con el Rucio de Sancho Panza (“Tuve un hermano, tuve, mayor que yo, un hermano./ (Ser andaluz, no quita que él fuera castellano”) o con Platero (“Otro hermano más chico tuve en Andalucía. /Un ángel de los burros, un burro de alegría”). Como última referencia de esta constante presencia del sur y de los paisajes de infancia en la poesía anterior al exilio, bastaría citar la primera parte de *De un momento a otro*, “La familia (Poema dramático)”.

En el exilio se intensifican y agudizan las dos vías de acceso temático a la realidad de Andalucía. Y ahora, además, se cruzan: por un lado, el recuerdo de la patria perdida, de los paisajes que forman parte de él, pone la nota nostálgica; pero por otro, la indignación de ver esos ámbitos mancillados y prostituidos, despiertan su denuncia y su condena, así como su llamada a la resistencia y a la insurrección, como en “Rota oriental, Spain” o en “A Cádiz, Base extranjera”, de *Signos del día*:

Cádiz, espero de ti  
lo que tú esperas de mí.

Muy cerca estás de Gibraltar  
y hoy mucho más de Nueva York.  
Dime en qué lengua vas a hablar,  
con qué tacón taconear  
y en qué cantar decir tu amor.

¿Quién va a mirarse en tus esteros,  
 quién a manchar va tus salinas,  
 quién a insultar tus marineros  
 y tus veleras cristalinas?

Haz de tu gracia un mar tirano,  
 de tu sonrisa un viento fuerte,  
 y sepa el norteamericano  
 que Cádiz puede alzar la mano  
 para la danza de la muerte.

Cádiz, espero de ti  
 lo que tú esperas de mí<sup>37</sup>

España y, muy especialmente, Andalucía están presentes en los *Retornos de lo vivo lejano* (1948-1956), en los que el poeta confiesa: “En aquellos años de destierro argentino, mi lejana vida española se me perfila hasta los más mínimos detalles, y son ahora los recuerdos –lugares, personas, deseos, amores, tristezas, alegrías...– los que me invaden hora a hora, haciendo del poema, no una elegía por las cosas ya muertas, sino, por el contrario, una presencia viva, regresada, de las cosas que en el pasado no murieron y siguen existiendo aún a pesar de su aparente lejanía”<sup>38</sup>. Lo interesante es que la radicalización del sentimiento andaluz no es excluyente –todo lo contrario– de su constante rememoración de España y de su aspiración internacionalista de un orden más justo y más igualitario, frente al imperialismo norteamericano.

Mención aparte merece *Ora Marítima* (1953), título que remite a Avieno, y que recoge un extenso y articulado poema dedicado “A Cádiz, la ciudad más antigua de Occidente, que

<sup>37</sup> Rafael Alberti,  
*Obras Completas*,  
 T. II. cit.,  
 págs. 414-415.

<sup>38</sup> *Ídem*, pág. 483.

<sup>39</sup> *Ídem.*, pág. 646.

abrió los ojos a la luz del Atlántico en el año 1100 a. de J.C., al celebrar ahora su tercer milenario le ofrece desde lejos este poema su hijo fiel de la bahía”<sup>39</sup>. Recordemos el hermoso comienzo:

¡Si yo hubiera podido, oh Cádiz, a tu vera,  
 hoy, junto a ti, metido en tus raíces,  
 hablarte como entonces,  
 como cuando descalzo por tus verdes orillas  
 iba a tu mar robándole caracoles y algas!<sup>40</sup>

<sup>40</sup> *Ídem.*, pág. 647.

Son numerosos los paisajes, los acontecimientos, los sentimientos del Sur que vuelven una y otra vez en su obra del exilio; o los personajes, como por ejemplo José Caballero, “un andaluz febril y vagabundo por espacios perdidos”. En Roma, *La lozana andaluza* será punto de partida de uno de sus poemas, y recordará el cante de Manuel Gerena:

Canta, muchacho andaluz,  
 porque tu cante a la sombra  
 le quita cruz y da luz<sup>41</sup>.

<sup>41</sup> Rafael Alberti,  
*Obras Completas*,  
 T. III. cit.,  
 pág. 875.

La llegada de la democracia permitirá a Rafael Alberti no sólo regresar a España, sino vivir plenamente todas sus vocaciones: como hombre político y comprometido con su pueblo, participará en las Cortes constituyentes de 1977, en representación del pueblo de Cádiz. Como poeta en la calle, multiplicará sus recitales, recibirá el calor del pueblo y reavivará a Juan Panadero, con ingeniosas coplillas de circunstancias, como las “Coplas de Juan Panadero al Pueblo Andaluz”:

1

Éste es el pueblo andaluz,  
serio, puro y desgarrado,  
en las tierras de la luz.

2

De los pobres campesinos  
sin trabajo, jornaleros  
del hambre por los caminos.

3

Tristes pájaros que van  
bajo los soles quemados,  
sin sueño, en busca de pan.

4

Que van más lejos, afuera,  
dejando el hogar en llanto,  
solos, a tierra extranjera.

5

¡Campos de un único dueño,  
sin cultivar, y los toros  
contra el cielo marismeño!<sup>42</sup>

<sup>42</sup> *Ídem*,  
págs. 325-326.

Pero también tendrá ocasión de conocer la transformación de Andalucía y de participar activamente en ella. Acerquémonos a esta última dimensión de un poeta que puso voz a la entraña de su pueblo.

### Una visión política de Andalucía.

Alberti cumplirá con lealtad el mandato político que recibe. Por ello, cuando en septiembre de 1977 renuncia a su escaño en las Cortes, se dirige al pueblo gaditano con unas sentidas coplas de las que queremos destacar las siguientes:

1

Pueblo andaluz gaditano,  
jamás pienses que me fui,  
que ya no seré tu hermano.

2

Yo vine con mi canción  
sencilla para llenarme  
de tu angustia el corazón.

3

Con mi voz clara que ardía  
sin sosiego, por tí, pueblo,  
tan solo, de Andalucía.

4

Y vine para volver  
a ser el mar y la tierra  
que me dieron el nacer.

11

Pueblo, yo cedo mi voz  
a otra mano que también  
alza el martillo y la hoz.

12

Fuerte, robusta, segura  
mano de tu castigada  
andaluza agricultura.

13

Mientras yo vuelvo al camino  
ese que tú me enseñaste,  
marcándome mi destino.

14

Por sierras y campos voy,  
plazas, calles, pregonando,  
pueblo, que contigo estoy.

Llámame cuando tú quieras...  
 pero aunque no me llamas,  
 yo sé que siempre me esperas<sup>43</sup>.

<sup>43</sup> *Ídem*, págs.  
 págs. 333-335.

Y así ha sido, mientras la fuerza y la lucidez mental le acompañaron. Especialmente, con ocasión del proyecto de “Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía”. En las coplillas del poema “Juan Panadero vuelve a la arena”, que arrancan con “Levanto a Juan Panadero / desde los vientos del mar,/ para gritar lo que quiero,/ porque hay mucho que gritar.// Gritar, mas gritar cantando,/ que cuando el andaluz canta/ es que está también bailando”, tras defender la candidatura de Anguita a la Presidencia de la Junta, expresa su visión de la realidad del Pueblo Andaluz y su necesidad de transformación:

Yo sólo vengo a pedir  
 que Andalucía despierte  
 y al fin comience a vivir.

Que ya es hora de mirar  
 que el pueblo andaluz no quiere  
 salir para caminar.

Aquí tiene sus dos mares,  
 sus tierras anchas, sus cielos,  
 sus montes y antiguos lares.



Aquí el futuro jardín  
de la paz, aquí la gloria  
de una libertad sin fin.

Aquí está la claridad  
de un pueblo que nunca quiso  
morir en la oscuridad.

Pueblo inmortal, da la mano  
a quien de verdad te dice  
que eres pueblo soberano.

Y verás que hasta los toros  
alzan por él en sus astas  
altos racimos de oro.

¡Vivan las Andalucías!  
Juan Panadero del mar  
lo canta por alegrías<sup>44</sup>.

Andalucía es, para Alberti, en la expresión sencilla de estas coplas, un ámbito geográfico privilegiado entre dos mares, dotado de una variedad geográfica y una pluralidad que la enriquece. Pero es, sobre todo, un Pueblo –con su historia y cultura propias– que no debe depender de nadie, que debe asumir y proclamar su soberanía. Sus valores supremos son la tierra, la paz, la libertad, y la capacidad de caminar luminosamente frente a todo oscurantismo. Pero es, también, un pueblo dormido al que es preciso despertar; un pueblo parado que no acaba de ponerse en el camino de su propio destino.

<sup>44</sup> En Julio Anguita y Rafael Alberti, *Otra Andalucía*, cit., págs. 11-13.

Se trata de ideas de una extraordinaria riqueza ideológica y política, que Alberti va asumiendo y desgranando en su diálogo con Anguita, en El Puerto de Santa María, frente al inmenso Atlántico: “Andalucía es muy grande. Es un territorio muy grande, es una nación ¿verdad? Y hay que recorrérsela, para que te conozcan en todas partes. Y en eso, los andaluces no son nada tontos. El pueblo andaluz es muy listo...”<sup>45</sup>.

<sup>45</sup> *Idem.*, pág. 43.

Alberti vive inseparablemente su condición de andaluz y su compromiso político y estético, como otros grandes creadores del siglo XX:

“Yo soy de una generación politizada. Soy de la generación de Maiakovski para acá. Y nosotros en Europa, en esa época, nos hemos formado con los sucesos que pasaban a nuestro alrededor. Y yo he nacido ya con los ecos de la guerra del catorce. Después vino la revolución de Octubre, que yo conocí. Y oí hablar de Lenin desde que yo tenía 16 años. Y con la Revolución, entonces, la literatura se ligó a los sucesos y a la vida. A la esencia de la vida. Yo no soy un poeta de quita y pon que se mete en esto o en lo otro. Yo soy de la generación de Maiakovski, de Neruda, de Aragón, de Eluad, de César Vallejo, de todos los poetas que realmente hemos tomado participación en las luchas de todos esos años, que han sido muy duras, muy tremendas y muy positivas”<sup>46</sup>.

<sup>46</sup> *Idem.*, pág.17.

La conciencia política de Alberti entronca con su visión de lo universal, pero sin abandonar la referencia a sus coordenadas andaluzas: “Hay que tener una coincidencia real con la historia, y esa coincidencia la tuvimos nosotros con la Revolución Rusa de Octubre y su repercusión en el mundo entero. Éramos poetas universales, no poetas locales. Yo he hablado de todo lo habido y por haber; Andalucía era una maravilla. Se llamaba Andalucía la Roja (...) Hay en ello algo fantástico que hay que hacer de nuevo. Ahora ese espíritu está en calma (...) Pero si al pueblo andaluz se le pone el dedo en la llaga, surge de nuevo la gente, con un nuevo entusiasmo. Porque se cuen-

ta con un pueblo soberbio, único, que no es como el resto”<sup>47</sup>. Alberti denuncia en muchos de sus textos el carácter pasivo de los andaluces en ciertos momentos y la necesidad de espolearlos, de sacarlos del inmovilismo y llevarles a actuar para conquistar su propia soberanía y su propio futuro, frente a quienes les interesa este letargo andaluz: “La inmovilidad. Interesa que Andalucía siga así, inmóvil, y que no levante ni un dedo. Es una cosa que se ve claramente, porque en estos años Andalucía no ha explotado, ni ha sido como Andalucía era. Andalucía ha sido siempre muy peligrosa y le están quitando peligrosidad. La están aminorando, le están poniendo inyecciones de horchata, y tenemos que salir al paso de eso”<sup>48</sup>.

47 *Ídem.*,  
págs. 19 y 21.

Vázquez Montalbán ha sintetizado extraordinariamente el espíritu de Alberti en relación con la transformación de Andalucía y, a la vez, la conservación de aquellos valores históricos que entiende como positivos; una Andalucía que no pierda su identidad y a la vez una Andalucía diferente:

48 *Ídem.* pág. 27.

“Y esa realidad diferente e inmediata es la Andalucía aplazada. Pero cuidado... exclama Alberti y en esa llamada de atención le secunda Anguita y le ayuda a clarificarla. No se trata de cambiar Andalucía para que no la conozca ni su madre, no se trata de cortar las raíces que hacen de Andalucía una de las reservas de vitalidad y fantasía del universo. Se trata de garantizar lo más positivo del “eterno andaluz” y erradicar los aspectos negativos de la vivencia de un pueblo históricamente sometido a una mala división interior de su riqueza y a un mal reparto de papeles realizado por el estado central. Víctima por doble partida, sus propios señoritos y el Estado, Andalucía ha recibido el encargo de cantar y emigrar y contra esa aparente fatalidad histórica se rebelan tanto el poeta como el político, dueños de un proyecto social de emancipación”<sup>49</sup>.

49 Manuel Vázquez Montalbán, “Dos andaluces hablan de su tierra”, en Julio Anguita y Rafael Alberti, *Otra Andalucía*, cit., pág. 8.

Que la visión que Alberti tiene de Andalucía y de los andaluces no es nada idealizada, y que cuando es preciso adquiere ribetes críticos lo evidencia este fragmento en el que se defiende

la naturalidad con que ha de llevarse la condición de andaluz, frente a toda impostación teatral: “Hay que ser andaluz sin saberlo. Porque en tu carácter está todo, hasta tu clima. Pero lo malo es que hay mucho andaluz que dice ‘qué gracioso soy como andaluz’. En cuanto tú aceptes este enunciado, no eres nada gracioso. Eres un tipo que está tratando de ser gracioso. Se es gracioso sin saberlo. Lo malo es la Andalucía deliberada, teatral: esa no tiene gracia”<sup>50</sup>. Alberti ha planteado muy razonablemente estas coordenadas en las que se puede –y se debe– participar de la condición de andaluces, tener conciencia de ella, pero no ostentarla espectacularmente. Del mismo modo que es un rasgo constitutivo de lo andaluz la universalidad, la apertura a otros pueblos, pero “sin olvidar que somos andaluces”<sup>51</sup>.

<sup>50</sup> En Julio Anguita y Rafael Alberti, *Otra Andalucía, cit.*, pág. 24.

<sup>51</sup> *Idem.*, pág. 31.

No hubiera sido justo un homenaje sincero a nuestro poeta poniendo entre paréntesis u olvidando esta condición de Andaluz Universal, como Juan Ramón, que le acompañó en el exilio y que se hace presente en su pintura y en su poesía. En ellas vibra –sin caer en el tópico– el color y la luz de Andalucía, la entraña mineral de sus sierras y el pulso libre del mar como caballo desbocado. Pero, sobre todo, el talante inquieto de un pueblo que busca su libertad y su soberanía, que –como quería Alberti– es capaz de sacudirse cualquier yugo que quieran poner sobre su cerviz.

El círculo se ha cerrado. Despidámonos con las palabras de Alberti, 16 de diciembre de 1995, con la seguridad de que sus huellas indelebles nunca serán borradas de nuestra memoria ni falseadas por oscuros intereses:

“Abrí la primera página de *La arboleda perdida* con mi nacimiento una noche de tormenta en El Puerto de Santa María. Hoy, coincidiendo con otro día de tormenta, también un 16 de diciembre, quiero cerrarla mientras contemplo ensimismado el fuego de la chimenea de Ora Marítima, mi última casa en esta pequeña ciudad surgida a orillas de la milenaria bahía que me abrió los ojos a los primeros azules, a los blancos deslumbrantes de sus cales

hirientes... Desde aquí, cada día me siento más cerca de aquel camino que conducía a un melancólico lugar de retamas blancas y amarillas en el que todo sonaba a perdido. Y, poco a poco, me voy adentrando, esta vez ya definitiva e irremediabilmente, en ese golfo de sombras que entonces anuncié, con la ilusionada y tal vez vana esperanza de que el paso del tiempo no borre mis huellas de tantos caminos recorridos. Sobre todo, aquellas apresuradas y menudas que, casi al amanecer, me llevaban cada día con los ojos todavía entornados por el sueño hacia mi colegio de los jesuitas de San Luis Gonzaga...<sup>52</sup>.

<sup>52</sup> Rafael Alberti,  
*La arboleda perdida.*  
*Quinto libro*  
(1988-1996),  
Madrid, Anaya &  
Mario Muchnik,  
1996,  
pág. 12





Pierà nu quasi ma agha Michela

Capitolo

in a 1914

Capitolo

